

cienda á nosotros; así lo hace por medio de su revelacion. Es menester tambien que nosotros subamos á él; así lo hacemos por medio de la fe. Sin esto nunca tendríamos sociedad con Dios; esa inestimable bondad permanecería como recojida en sí misma, y el hombre no saldria nunca de su indigencia.

El sacerdote, cuando adula, lo hace con suma delicadeza. « El cura de San Sulpicio, hallándose con el cardenal de Fleury, le dijo que habia visto su retrato, muy bien hecho, en casa de un pintor.—¿Nada habeis hallado que pedirle? — No, señor eminentísimo; *está demasiado parecido.* » — Voltaire celebraba mucho esta ocurrencia.

Tambien sabe el sacerdote dar una respuesta á tiempo. Flechier, hijo de un fabricante de velas de sebo, respondió á un gran señor que le manifestaba su sorpresa de que hubiese llegado á tan alta clase. — « Con ese modo de pensar, me temo, caballero, que si hubierais nacido lo que yo soy, habriais hecho velas. »

Casos ha habido en que la presencia de ánimo ha salvado del cadalso á un sacerdote. Un dia en que Maury, reconocido en la muchedumbre revolucionaria, oyó gritar: ¡ *A la linterna!* respondió: ¡ *Y vereis por eso con mas claridad?* — A este chiste debió la vida<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Los primeros obispos, padres de la Iglesia, le engendraban hijos, con pensamientos continuados, juntamente literarios, amables, consoladores, sublimes, tales como el siguiente, sobre la *Inconse-*

Pero hay en punto á dones *espirituales*, uno mas raro, mas concluyente y mas prodigioso que todos los demas: tal es el espíritu *profético*.

Ahora bien, este es eminentemente y fué siempre el patrimonio del sacerdote, y sobre todo del sacerdote en el púlpito ó en asamblea.

Los oradores y los escritores individuales del clero renovaron y desarrollaron particularmente, con increíble sagacidad, los anuncios de la revolucion.

*cuencia del hombre*, traducido por el sabio obispo de Marruecos: « ¡ Qué inconsecuencia no obedecer sin contradiccion los mandatos de Dios, cuando le place á su providencia llamarnos á sí sacándonos de este mundo! Sin embargo, oponemos resistencia; semejantes á servidores rebeldes, es preciso llevarnos arrastrando á su presencia, para comparecer ante ella por necesidad y no por cariño. ¡ Y todavía pretendemos que nos toque una parte de las recompensas celestiales cuando no cedemos sino á la fuerza! Si habitais una casa cuyas paredes y techos degradados por la insensible carcoma de los años amenazasen una cercana ruina, os apresurariais á salir de ella; y veis al mundo titubear y desmoronarse por partes y no dais gracias á la divina Providencia de que una temprana partida os salve de sus ruinas! No debemos considerarnos en esta tierra mas que como extranjeros navegantes: no morimos sino para renacer; no cruzamos la peregrinacion de esta vida mas que para pasar á otra vida mejor en la que no se muere. Deseemos pues ansiosamente que llegue el dia que introducirá á cada uno de nosotros en su apacible morada. ¡ *Cuales el extranjero que no se da prisa á regresar á su patria?* Cuales el navegante que no desea un viento favorable para volver á abrazar cuanto antes á sus deudos y á sus amigos? El cielo es nuestra patria; ya nos aguardan en ella muchos de nuestros amigos, de nuestros hermanos, de nuestros hijos, seguros de su salvacion é inciertos todavía de la nuestra! ¡ Qué alegría para ellos y para nosotros, vernos en fin reunidos! ¡ Qué delicia gozar de un reino celestial, vivir felices todos juntos, y vivir siempre, sin miedo de morir jamás! »

La reunion de sus escritos sobre esta materia formaria un libro curiosísimo, del que solo podemos presentar aquí algunos rasgos.

*El clero reunido, en 1765.* Decia, reprobando muchos malos libros: « El daño es bastante urgente para dar cuidado á las dos potencias... La magestad del ser supremo y la de los reyes reciben frecuentes ultrages... El espíritu del siglo parece amenazar-nos con una revolucion que anuncia por todas partes una ruina y una destruccion generales. »

*El clero reunido, en 1770:* « Nosotros no queremos, señor, nosotros no queremos, digan lo que quieran las injustas acusaciones de una falsa política, comprimir el vuelo del ingenio, detenerle en su carrera, ni condenar á vuestros pueblos á la ignorancia y á la supersticion. La religion no teme la luz; solo teme los extravios de la razon, y no sus esfuerzos. No se opone á la perfeccion de las ciencias humanas: pero para no coartar los felices progresos de la inteligencia humana, ¿se le ha de permitir que lo destruyo todo? Y NO PODRA AQUELLA SER libre, sino cuando no haya nada sagrado para ella? Esa desenfrenada libertad de dar publicidad á los delirios de una imaginacion descarriada, lejos de ser necesaria al progreso de la inteligencia humana, no puede menos de retrasarle á causa de los desvarios en que le emplea, de las insensatas ilusiones con que le embriaga y de los varios trastornos de que LLENA los Estados... Esa fatal libertad es la que ha introducido entre los isleños, nuestros vecinos,

esa confusa multitud de sectas, de opiniones y de partidos, ese espíritu de independencia y de rebellion que tantas veces ha conmovido ó ensangrentado el trono en aquella nacion. ESA LIBERTAD PRODUCIRIA TAL VEZ ENTRE NOSOTROS EFECTOS TODAVIA MAS FUNESTOS: hallaria en la inconstancia de la nacion, en su actividad, en su aficion á las novedades, en su impetuoso é inconsiderado ardor, *mas medios para producir en ella las mas estrañas revoluciones y precipitarla en todos los horrores de la anarquia.* — Y, despues de haber anunciado al monarca que « la impiedad no quedaria satisfecha hasta despues de haber ANIQUILADO todo poder divino y humano, lo que solicitamos, añaden los prelados, no es leyes crueles, sino represivas; no pedimos que el impio perezca, sino que se le contenga. » — Despues de lo cual seguia, dirigida á los *fieles del reino*, una admirable apologia de la religion, en ciento veinticuatro páginas. « El conocimiento de la verdad es el mayor beneficio que se le puede proporcionar al hombre. Si el hombre no sabe lo que debe pensar de Dios, de la naturaleza de su alma, de los deberes que le están prescritos, del fin á que debe tender, ¿cómo podrá arreglar su conducta y sus acciones? El vulgo sobre todo no puede quedar abandonado á sí mismo sin instruccion. Cuando ignora la verdad, inventa ó adopta fábulas y mentiras; si no sabe la senda que debe seguir, por fuerza se estraviará. Si, en punto á estas verdades, el hombre no puede estar indeciso, ¿por qué la mayor

parte de los escritores, únicamente ocupados en destruir, no se dignan sustituir nada al edificio que quieren derribar... Pueblos supersticiosos, súbditos indóciles, reyes tiranos, ciudadanos infieles, leyes impotentes; ningun temor para el crimen, ninguna esperanza para la virtud, ningun consuelo para la desgracia; luces débiles, inciertas é insuficientes, mas capaces de descarriar que de conducir, — hé aquí, pues, los frutos que la irreligion prepara á los hombres. Escuchad lo que decia Dios antiguamente á su pueblo: « Os he dado una tierra de esperanza y de promision; siempre habeis sido mi pueblo querido y el objeto de mis bondades: si sois fieles á mi voz, seguiré colmándoos de beneficios; pero si os separais de mi ley, si me desconoceis, á mí, que no tengo principio y que jamas tendré fin, armaré contra vosotros todas las plagas de mi venganza; derramaré por todas partes el desorden y la confusion; romperé todos los vinculos que os unen; el padre y el hijo desconocerán los derechos de la sangre, los ciudadanos los de la patria, los súbditos los de la autoridad: mis beneficios redundarán en daño vuestro: vuestras leyes carecerán de vigor; vuestro poder no servirá mas que para seduciros; las ciencias, de que blasonais, mas que para estraviaros y perderos. Tememos, carísimos hermanos nuestros, haberos bosquejado mas bien los males que sentís que los que teneis que temer. *Volved, pues, á vuestro Dios, y no creais que vuestra fe está segura porque todavia está entera, ó que baste, para ser cristiano,*

no adoptar las mentiras y las blasfemias de impiedad. Si vuestra atencion no aumenta en razon de vuestros esfuerzos, conducidos por ciegos, *caereis con ellos en el precipicio.* »

*El clero reunido, en 1780: Pasarán todavia algunos años... de silencio, y el trastorno, entonces general, no dejará ver mas que ruínas.*

*El clero reunido, en 1782: « Ya el veneno corre á borbotones por las diferentes partes del reino. Las barreras mas sólidas contra el embate de las pasiones humanas titubean y van cayendo sucesivamente; ya nadie teme hacer resonar en los oidos de los pueblos el dogma, no menos falso que destructor, de la independencia de toda autoridad. »*

*Bossuet: « Preveo que los libertinos y los llamados filósofos podrán llegar á perder su crédito, pero no por horror á sus sentimientos, sino porque todo se mirará con indiferencia, menos los placeres y los intereses materiales. »*

*El abate Dubos, en 1719, Reflexiones sobre la poesia y la pintura (es propio de los grandes hombres concentrarlo y unirlo todo). « El espíritu filosófico hará en breve de una gran parte de Europa lo que antiguamente los Godos y los Vándalos, dado caso de que continúe haciendo los mismos progresos que ha hecho de setenta años á esta parte. »*

*El P. Lafiteau, en 1754: « Mejor se verá aun eso en una de aquellas ocasiones críticas, de que Dios nos liberte, en que se tratará de trastornarlo*

*todo para establecer una entera libertad de conciencia.* En ese caso es indudable que veríamos á los jansenistas asociarse abiertamente á los protestantes para no formar con ellos mas que un solo cuerpo, asi como no forman ya con ellos mas que una misma alma. »

*El P. Neuville, en 1736, Panegirico de S. Agustin:* « ¡Oh religion santa! ¡Oh trono de nuestros reyes! ¡Oh Francia! ¡Oh patria! ¡Oh pudor! ¡Oh decoro! Aun cuando no gimiese como cristiano, gemiria como ciudadano; no cesaria de llorar los ultrages con que osan insultaros, y el triste destino que os preparan: continuen estendiéndose y consolidándose esos horribles sistemas, y no tardará su devorante veneno en consumir los principios, el apoyo, el sosten necesario y esencial del Estado. Amor al principe y á la patria, vínculos de familia y de la sociedad, deseo del aprecio y de la fama pública, soldados intrépidos, magistrados desinteresados, amigos generosos, esposas fieles, hijos respetuosos, ricos benéficos, nada de esto espereis de un pueblo cuyo único Dios, cuya única ley, cuya única virtud, cuyo único honor son el placer y el interes. *Fuerza* será entonces que *en el imperio mas floreciente* de la tierra todo se desmorone, todo se hunda, todo se aniquile: para destruirle, no será necesario que Dios despliegue su rayo y su trueno; con toda seguridad podrá confiar el cielo á la tierra el cuidado de vengarle y de castigarla. Arrastrado por el vértigo y el delirio de la nacion, *el estado caerá y se precipitará en un abismo*

*de anarquia, de confusion, de letargo, de decadencia y de ruina.*

*El P. Querk, jesuita de Viena, muerto en 1743 á los ochenta y cuatro años, solia decir á los novicios: Advenient tempora magnæ tribulationis, quibus absque solida virtute succumbetis. Gaudebitis, si quis vobis micas de mensa suppeditaverit, sanguis à capitibus vestris defluet.*

*El presbitero Caveirac, en 1756:* « La revolucion de que hablo ha hecho ya grandes progresos, y ruego al lector que lo observe con atencion. No hay mas que tender la vista sobre la Francia, y se verá que la religion se esconde, y que cuando deberia poner el grito en el cielo, apenas se atreve á quejarse. Un diluvio de escritos contra la religion inunda el reino sin que se le oponga un dique: el enemigo está ya á nuestras puertas y nadie le ve; tiene tratos en la plaza, y todos duermen. Obispos y magistrados, ¿cual será vuestro asombro cuando al despertaros OS HALLEIS LA REVOLUCION YA HECHA? »

*La Sorbona de Paris, en 1762, en la censura del Emilio de Rousseau:* « Y si los sentimientos naturales á los corazones franceses no son los de su corazon estrangero, bástele presagiar locamente *la ruina de la monarquia*, y callar malignamente su causa; y que á fin de acelerar con sus detestables lecciones lo que ha soñado que pronto ha de suceder, NO VENGA A ENCENDER EN ESTE REINO TEAS MAS PELIGROSAS mil veces de lo que lo fueron para

la república romana las que encendieron en ella los Catilinas y los Neronos. ¿Y cómo puede estar un estado en seguridad, cuando la religion pelagra en él? El que huella los derechos de la magestad divina, no conoce los derechos de la magestad real.»

*El presbítero Labbat, en 1763:* «De resultas de los progresos cada dia mayores de la filosofia y de las grandes protecciones de que goza, la religion oprimida sordamente y perseguida por parte del gobierno y del pueblo, alucinado por una tolerancia acreditada, de que son promotores astutos políticos, una revolucion debe necesariamente estallar mas tarde ó mas temprano, y no está distante.»

*Coger, rector de la universidad, en 1776,* propuso, el año de su rectorado, por tema del premio de elocuencia latina, esta cuestion: «*Num magis Deo quam regibus infensa sit ista quod vocatur hodie: philosophia?*»

*Champion de Pontalier, jesuita, en 1767,* en las célebres *Varietades de un filósofo provincial* predijo la revolucion con una verdad, una energia y un talento de primer orden<sup>1</sup>, ya bajo una ingeniosa alegría, ya con una admirable puntualidad.

«En medio de un vasto globo que representa el universo, se alza una columna, en lo mas alto de la cual se leen estas grandes palabras: *Omnis po-*

<sup>1</sup> Este libro es, en nuestro entender, el mejor y acaso la obra maestra del siglo XVIII, y es al mismo tiempo el mas raro y el menos conocido. ¡Oh justicia humana! ¡cuan injusta eres!

*testas á Deo.* Al pie de la columna, por el lado del oriente, hay un altar de marmol blanco, sobre el cual humean tres incensarios de oro. Por el lado del occidente hay un trono de bronce, en el que se ven una espada y un cetro de acero en sotuer; de las volutas al capitel, por el lado del altar, penden mitras, tiaras, cintas, unas blancas, otras rojas; por el lado del trono, coronas, decoraciones y diademas, con espléndidas pedrerías: una figura gigantesca y ciega representa la *sofmanía*, hollando con un pie el trono y con otro el altar; ciñendo con un brazo la columna, y alzando el otro para arrebatarse los gloriosos simbolos pendientes del capitel; pero los movimientos de su mano parece como que agitan una nube preñada de rayos que reposa encima de la columna, y amenaza estallar. Hacia la base, el lujo y la avaricia escitan á una cuadrilla de enanos informes á cavar indiferentemente debajo del trono y debajo del altar, con instrumentos de agricultura y de varios oficios, para descubrir una mina de plata, en la cual se los ve enterrarse vivos y á punto de sumergirse en un abismo de fuego que termina el grabado; á derecha é izquierda, diferentes grupos de espectadores se agitan extraordinariamente y parece como que aguardan algun gran suceso...

«Los heterodoxos y los cismáticos no pueden perjudicar á la creencia católica, ya adopten una parte de ella, ya desechen otra: bastante conocidos son el principio y la época de su rebelion. La mas santa gerarquía puede incubar aun nuevos

monstruos, y EL SUCESO QUE DEBE HACERLOS BROTAR SE ACERCA SIN QUE NADIE LE VEA. A estos sucederán otros hasta el momento en que el espíritu de mentira pierda la funesta libertad de discurrir por la tierra escitando entre nosotros sutiles furros..... »

« Demasiado severo sois, creedme; dejad las manos sueltas al lujo que iguala todas las condiciones y arruina á las que alzan la cabeza sobre el nivel comun; á la ambicion que, aumentando la turba de los aspirantes, confundirá necesariamente la nobleza y la plebe; á la privanza, que envilecerá los títulos á fuerza de prodigarlos: á la avaricia, que venderá la gloria, ó la opulencia y comprará el valor y los servicios; á la lujuria, que desecará las fuentes de la mejor sangre; á la pereza y á su inseparable compañera, la pobreza, que harán contrastar tan ridiculamente la condicion y el nacimiento, y reducirán á quimera, la sangre y sus augustas pretensiones; con el tiempo sin duda habrá una nobleza tan numerosa y tan despreciable que.... »

« Todas las ideas estan en el día tan trastornadas, estamos en una ignorancia tal de las nociones mas claras, las verdades que siempre se han considerado como el rudimento de las buenas costumbres y el manantial de la pública probidad, han degenerado de tal suerte en problemas y en paradojas; á tal punto se han olvidado las máximas fundamentales del patriotismo y de la sana política, que antes de

treinta años, supuesto que esto continúe, nadie sabrá absolutamente á qué atenerse sobre cosa ninguna. La niebla va aumentando y estendiéndose sobre toda Europa, en términos que no se verá la luz á medio día.

« Yo aconsejaré, pues, á todos los que esperan vivir y á cuantos no ha trastornado todavía la cabeza el delirio epidémico, que reunan con particular atención las luces de su juicio, y escriban, como una cosa rarísima, lo que á la primera ojeada decida su entendimiento como justo y conveniente; sobre todo que se guarden bien de fastidiarse de este trabajo, por parecerles lo que escriban demasiado evidente. EN 1797 ó 98 A MAS TARDAR, será tiempo de imprimir esos apuntes, y entonces parecerá nuevo lo mas sencillo y palmario; casi temo, atendidos los progresos de la insensatez, que ese libro parezca todavía demasiado extraordinario. Sin embargo, creo que poco á poco se irán acostumbrando á él, del mismo modo que un desgraciado que sale de repente de un oscuro calabozo en el que ha gemido largos años, sufre la primera vez que ve la luz del sol, pero no tarda en irse haciendo á ella.... »

*M. de Beauvais*, obispo de Senez, en 1773, sermón de la *Cena*. Parafraseando el ilustre orador inspirado este testo de la Escritura: « Dentro de cuarenta días Ninive será destruida, » vaticinó una muerte que nada entonces anunciaba como cercana, la de Luis XV. Ocurrió, en efecto, en el día señalado, la muerte del que acababa de decir:

*Compadezco á mi sucesor.* El orador profético, tenía títulos para pronunciar la *Oracion fúnebre* del príncipe, como la pronunció, mostrándose en ella profeta de nuevo. He aquí algunos raptos de su última elocuencia digna de eterna fama, y que la mas remota posteridad pondrá al nivel y acaso encima de las mas celebradas, sin esceptuar la de Massillon, en el *Sermon sobre el corto número de los elejidos* ó de Bridayne, en el suyo sobre el *juicio final*: « Señor, cuando anuncié hace poco tiempo, la divina palabra en presencia de vuestro ilustre abuelo; cuando le hablaba de su pueblo, y él me escuchaba tan afligido de la miseria pública, ¡ah! ¿quién había de prever el terrible golpe que le amenazaba? Ya la invisible espada de la muerte estaba suspendida sobre aquella augusta cabeza. ¡Ah! quien pensara que habíamos de haber dicho entonces en un sentido tan literal: de aquí á cuarenta dias, *ad huc quadraginta dies*, de aquí á cuarenta dias seréis llevado al sepulcro de vuestros padres, y esta misma voz que oís en este momento será intérprete de la desolacion de vuestro pueblo en vuestras exequias. Flacos mortales, humillémonos ante el terrible Dios que quita el aliento á los príncipes, ante el Dios terrible para los reyes de la tierra, *terribili et ei qui aufert spiritum principum, terribili apud reges terræ*: » — « ¿Qué vértigo mas fatal que todos los trastornos que pueden agitar á las Iglesias y á los imperios ha principiado sus estragos bajo el reinado de Luis XV? Hasta ahora los mas audaces in-

novadores se habian limitado á atacar algunos de nuestros dogmas; pero estábale reservado al siglo XVIII atacar juntamente nuestros dogmas y todas nuestras leyes, socavando sus sagrados cimientos; la autoridad de la revelacion. ¿Qué digo? los principios mismos de aquella primera ley que el autor de la naturaleza ha grabado en el corazon de todos los hombres; los principios del honor, de la justicia, de la virtud, de la honradez natural; los principios mas esenciales para el orden y la paz de las sociedades humanas ¿han sido respetados? ¿Y qué progresos no han hecho esos sistemas deletereos entre nosotros y en todos los pueblos de Europa? La impiedad, segun el tenor de una profecia que parece hecha para este último siglo, la impiedad cree, pues, haber llegado al momento de un triunfo y de una revolucion general: sin duda ha dicho en su pensamiento: voy á mudar los tiempos, voy á mudar las leyes: *putabit quod possit mutare tempora el leges.* (DANIEL, cap. VII.)

Peroracion animada del presentimiento de la revolucion ulterior: « Acordaos tambien del hijo y del sucesor de Luis, que puede deciros como el hijo y el sucesor de David, en el momento en que ascendió al trono de su padre. » « Señor, en mi mas tierna juventud, me habeis puesto al frente del pueblo mas poderoso del universo. » Dignaos, Señor, dignaos ser vos mismo el tutor de sus años juveniles; preservad á un rey tan precioso para su pueblo, tan precioso ante vos, por las dotes que anun-

cia; preservadle de las redes que por dó quiera van á tender á su rectitud, á su candor, á su fe, á sus buenas costumbres, á su justicia. Conservad en esa alma juvenil aquel fervor primero del honor, de la virtud, de la religion, de la humanidad; no consentais que nada pueda hacer titubear jamas esa voluntad firme y sostenida que es la esperanza de la nacion y la única que puede reprimir los abusos y reparar nuestros desastres. Haced que gobierne verdaderamente á la Francia el ojo de su amo, el hijo y el heredero de los reyes á quienes ha encomendado sus destinos, el que está mas interesado en hacerla venturosa y que no puede ser feliz sino con nuestra ventura. *Tended una mirada de misericordia sobre estas tristes reliquias del siglo XVIII; haced que nuestro nuevo rey pueda purificarlas de los desórdenes y de los errores que han desolado este desgraciado siglo.* » — « Siglo dècimo-octavo, tan preciado de tus luces, y que te glorias, entre todos los demas, con el título de siglo filósofo, ¡qué época tan fatal vas á formar en la historia del espíritu y de las costumbres de las naciones! — No os disputamos el progreso de vuestros conocimientos; pero ¿no podía por ventura la flaca y altanera razon de los hombres detenerse en su punto de madurez? Después de haber reformado algunos antiguos errores ¿era acaso necesario, con un remedio destructor, atacar aun á la misma verdad? Es decir que ya no habrá supersticion, porque no habrá religion; no habrá falso heroismo, porque no habrá honor; no

habrá preocupaciones, porque no habrá principios; no habrá hipocresía, porque no habrá virtudes. Hombres temerarios, ved, ved los estragos de vuestros sistemas y horrorizaos de vuestros triunfos! ¡Revolucion mas funesta aun que las heregias que han trastornado, al rededor nuestro, la faz de muchos Estados! mas funesta, si, porque estas á lo menos han dejado subsistir en ellos un culto y buenas costumbres, y nuestros desgraciados descendientes no tendrán algun dia ni culto, ni buenas costumbres, ni Dios! ¡Oh santa Iglesia galicana! ¡Oh reino cristianisimo! Dios de nuestros padres, tened compasion de nuestros hijos!... »

*M. de Boulogne, en 1779, Elogio del Delfín<sup>1</sup>:*  
« Tambien conoció que de todas las epidemias, la de raciocinar sin fin es la mas vana y la mas triste; que todo está perdido si el pueblo se abandona algun dia á la destemplanza de su curiosidad, si llega algun dia á sutilizar sobre sus deberes: que si empieza á discutir, no hará mas que discutir; que la virtud en él es obra del sentimiento mucho mas que de la razon, — de esa fria razon que acude tan rara vez cuando la llaman y que aconseja tan debilmente cuando responde: que á ese sentimiento que le dirige sucederá en breve una inquietud que no hará más que agitarle: que *llegará á ser atroz si le*

<sup>1</sup> El presbítero Proyart, que mas adelante publicó un libro muy curioso titulado *Luis XVI destronado antes de ser rey*, hizo el mismo año un *Elogio del Delfín* en el que se halla el espíritu profético igualmente que en el de M. de Boulogne.



*hacen pensador*; que ese pueblo tiene necesidad, no ciertamente de ser engañado, sino de ser dominado por una fuerza invencible y secreta, sobre la cual no debe tener jurisdicción alguna; que se la hacen sospechosa con el espíritu de duda que le inspiran, espíritu funesto que solo puede servir para enseñarle á desconfiarse de la conciencia; que, en este punto, todos los hombres son pueblo; que para ellos, adios las reglas cuando no conocen ninguna barrera sagrada; que á fuerza de decirles que sacudan el yugo de las preocupaciones, se los es-cita á no respetar ningun principio, fomentando en ellos aquella secreta inclinacion que los mueve á la independencia; que no pudiendo nunca conocer por si mismos el límite en que es preciso detenerse, aquel punto tan delicado donde la libertad pasa á licencia, donde la duda cesa de ser prudencia, donde el examen degenera en audacia, su vaga incertidumbre debe introducir por siempre en las costumbres la anarquía, en la razon un desenfrenado delirio, y en todas las facultades del alma el entorpecimiento ó la muerte.

« Una triste esperiencia le confirmaba estas verdades: *Veia prepararse la fatal revolucion*; la invasion de los infieles mas temible aun que la de los bárbaros, y, como una de sus mas funestãs consecuencias, la indole de la nacion que se altera y degrada: la Francia devorada por una consuncion interna, de que acaso no se recobrará jamás: un monstruoso ayuntamiento del sumo lujo y de la

suma miseria, de graves fruslerías y de frioleras profundas: *una mezcla inaudita de todas las atrocidades con todos los primores*, de todos los crímenes con todas las lindezas: todos los escesos cometidos en nombre de la razon, todos los descarríos en nombre del genio: la degradacion de las almas llevándose en pos de sí la de los talentos: ingenios sin elevacion, caracteres sin energia: ninguna seguridad en los principios, ninguna grandeza en las pasiones: sistemas en vez de virtudes, problemas en vez de deberes, grandes aficiones á objetos pequeños, grandes recompensas por pequeños trabajos, grandes reputaciones por pequeños triunfos; y mas aun que todo esto, el olvido de toda verdad, mil veces mas funesto que la irreligion declarada, y la fatal indiferencia que, poniendo fin á todas las disputas, pronto pondrá el colmo á todos los errores. »

El orador renovó sus profecías en todos sus sermones, y mas particularmente en el que pronunció *sobre la Verdad*, en la cuaresma de 1783, á punto de hacer temblar á sus oyentes.

« Aquí, hermanos míos, ¿qué espectáculo se ofrece á mis ojos? ¿qué guerra se enciende? ¿qué liga se forma y qué estremecimiento es este de las naciones y de los pueblos? *Quare fremuerunt gentes?* (SALMO II, 1.) ¿Qué significan esos partidos, esas cábalas y esos sistemas hacinados sin fin? ¿Por qué toda esa efervescencia de la razon, esa vaga inquietud de nuestros vanos pensamientos que